

Presentación

Dedicar un tomo de *Tópicos del Seminario* a la historia, la actualidad y las promesas del encuentro entre semiótica y psicoanálisis es una iniciativa acertadísima.

En efecto, si bien importantes publicaciones (aunque no tan numerosas, después de todo) apoyan decididamente las investigaciones interesadas en sostener el diálogo siempre fecundo entre psicoanalistas y lingüistas, es notoria la relativa pobreza de los estudios concernientes a los vínculos, pasados o presentes, entre la semiótica —en especial la de la Escuela de París— y la disciplina que se inventó más o menos al mismo tiempo que la lingüística saussuriana.

De hecho, los lectores de la revista que acoge al presente número tuvieron hace poco la oportunidad de recapitular con profundidad y desde diversas perspectivas, los intercambios entre lingüistas y psicoanalistas, debido a los conocidos —y reconocidos— trabajos de Michel Arrivé¹ (quien continúa aquí, con Izabel Vilela, la búsqueda perseverante iniciada hace ya mucho tiempo) y, recientemente, gracias al exitoso coloquio de Cerisy (1998), cuyas *Actas*² manifiestan, más que un encuentro, una intercomprensión

¹ Remitirse a la bibliografía al final del artículo de M. Arrivé e I. Vilela.

² Michel Arrivé, y Normand, C., *Linguistique et psychanalyse. Actes du colloque de Cerisy-Lasalle* (septembre, 1998), Éditions In Press, Paris, 2001, 418 p. El lector podrá consultar nuestra minuta en el n° 89-90-91 de *Nouveaux Actes Sémiotiques*, 2003, pp. 134-142.

y, de manera ejemplar, debido a los apasionantes resultados de verdaderas colaboraciones, como lo son los trabajos realizados en común acerca de las interacciones verbales alrededor de imágenes ecográficas de fétos (Grupo Echo),³ y las investigaciones en el campo de la lingüística de la meta-enunciación, sustentadas directamente en el psicoanálisis, en este caso lacaniano (J. Authier-Revuz).⁴

En cuanto a las relaciones entre el psicoanálisis y la semiótica, el problema es infinitamente más complejo y sutil, al parecer, desde un inicio.

Precisamente Jean-Claude Coquet, en su contribución, lo confirma: Greimas, desde la *Semántica estructural*, cuestiona, evalúa y refuta, a veces muy duramente, a través de la psicocrítica de Charles Mauron, lo que llama curiosamente los “modelos actanciales psicoanalíticos”.⁵ Asimismo, la construcción del antiguo modelo que contaba con seis actantes se efectúa tomando en consideración, simultáneamente, los trabajos de Tesnière, de Freud y de Lacan, a pesar de ser tan heterogéneos (este último, reconocido por Greimas, en ese entonces, por su aporte del término *asunción*).

De hecho, en una carta personal redactada poco antes de su muerte, Greimas revelaba (en respuesta a nuestra petición para precisar sus nexos con Freud) que la *Traumdeutung* lo había obsesionado durante mucho tiempo, y que el modelo freudiano del sueño se hallaba en el origen del concepto de *isotopía* y, más aun, en buena medida, en el de *modelo generativo*.

El lector de Greimas, sin embargo, lamentablemente, ha constatado que las referencias al psicoanálisis desaparecen muy rápido (cf. el lugar, si bien escueto, que el vocablo ocupa en el *Dic-*

³ Ver el capítulo XII, “La langue aux prises avec l’inconscient”, de las *Actes du colloque de Cerisy-Lasalle*, anteriormente citadas.

⁴ Ver el capítulo V, “L’Énonciation”, en las *Actas del coloquio de Cerisy*, op. cit.

⁵ Consultar las referencias en el artículo de J.-C. Coquet.

cionario de 1979, versión española de 1982, en el artículo “psicosemiótica”, mientras que apenas se percibe la mutua influencia importante y prolongada entre la semiótica de la Escuela de París y el psicoanálisis (freudiano, lacaniano). La historia de estas relaciones, que todavía está por hacerse, probablemente sea reveladora de conexiones y de homologaciones inesperadas (véase, a este respecto, la tesis de Driss Ablali,⁶ *Le continu et le discontinu*, dirigida por M. Arrivé y publicada en 2003 en la editorial L’Harmattan).

Si bien este número especial no contiene explícita y linealmente la historia de las relaciones entre las dos disciplinas, se esfuerza, no obstante, por poner de manifiesto el inicio de los intercambios, la actualidad de los resultados tangibles y el aval de perspectivas prometedoras.

Honor a quien honor merece: empezaremos cortésmente por ceder la palabra a Jean-François Allilaire, psiquiatra (colaborador y sucesor del psiquiatra y psicoanalista Daniel Widlöcher) y a Elisabeth Roudinesco, psicoanalista y especialista de renombre, entre otros temas, de la historia del psicoanálisis.

El primero participa muy activamente en el servicio de psiquiatría del hospital *La Salpêtrière* (precisamente donde Freud hizo su célebre estancia al lado de Charcot) y en el seminario que, de 1980 a 1984 reunía, bajo la iniciativa de D. Widlöcher, a psiquiatras y a semiotistas (incluyendo al propio Greimas) en torno al tema inicial de la evaluación del *humor* (en el sentido nosográfico del término).

Veremos en qué grado, en su intervención, las preguntas planteadas en este seminario —el único en su género hasta la fecha—, rebasaron en mucho la temática inicial: así, el descubrimiento heurístico de la oposición entre *saber* y *saber-hacer*, que supone la construcción de un *proceso semiótico*. El semiotista

⁶ Podremos leer provechosamente la contribución de Driss Ablali en el volumen en homenaje a Michel Arrivé: “Sémiotique et psychanalyse : de cette relation (si elle existe)”. *Le Signe et la Lettre*, L’Harmattan, Paris, 2002, pp. 33-48.

proponía, pues, concebir el proceso psiquiátrico como un verdadero *proceso de significación*, siendo que la semiótica jugaba, frente a la psiquiatría, el mismo papel que cumple la epistemología en su relación con las ciencias fundamentales.

J.-F. Allilaire es conducido a esbozar una historia breve pero esclarecedora de la manera como se han tratado los signos y los síntomas en psiquiatría, así como a distinguir estos “significantes” que el médico debe interpretar.

La contribución de Elisabeth Roudinesco es tanto una comparación como un acercamiento a la manera en que opera el médico, el psiquiatra y el psicoanalista. Insiste (aunque Allilaire ya daba un lugar central a la observación) en la clínica, sin excluir al paciente, y distingue a estas tres disciplinas de las demás prácticas científicas. El trabajo es también una aproximación a la clínica, en la que se destaca una indispensable ética y el reconocimiento de un sujeto, a pesar de las diferencias que separan a estas diversas prácticas profesionales.

El aporte de Roudinesco es invaluable; su interés sobre la *problemática del sujeto* queda plenamente justificado, pues como sabemos, este punto de discusión ha marcado un hito epistemológico tanto en el ámbito lingüístico como semiótico de la década de los setenta.

Al respecto, Jean-Claude Coquet es al mismo tiempo un testigo y un iniciador importante, en su calidad de discípulo de Benveniste y fundador de la semiótica *subjetal*, que se apoya sobre una teoría de las instancias. En la medida en que designamos a veces el psicoanálisis como la tentativa de construir una ciencia del sujeto, que sólo ve los vínculos *a priori*, dichos vínculos se vuelven relevantes en esta semiótica hija de la fenomenología.

Regresando a Freud, Coquet muestra la compatibilidad de los hallazgos del fundador del psicoanálisis (en la clínica de la afasia agnósica en particular) con la teoría de las instancias. Así leemos con interés “la historia del parto”, que enumera con humor las tres etapas que, sucesivamente, experimenta la parturienta en el

proceso de intensificación del dolor, desde el estado de sujeto al de no-sujeto (recordemos que la semiótica *subjetal* no se reduce a lo categorial) pasando por el de *quasi-sujeto*.

Freud, epistemológicamente hablando, está mucho más cerca de lo que podríamos pensar; Benveniste y Lacan (quien retoma del primero el concepto central de *asunción*) se reúnen aquí en su oposición a Greimas.

Es también un retorno a Freud (y luego a Lacan) el que nos proponen con mucha agudeza en su artículo M. Arrivé e I. Vilela, artículo en el que vemos que la relectura de Freud (también será nuestro caso) parece marcar la más productiva actualidad de los puntos de contacto entre semiótica y psicoanálisis.

Ambos autores recuerdan que tanto Freud como Lacan se han preocupado constantemente por el lenguaje, y muestran, de una forma convincente, que es según un criterio *semiológico* que Freud distingue el plano del inconsciente del plano de lo preconciente: para el inconsciente las palabras devienen en cosas y son tratadas como tales y, para el preconciente, las representaciones de cosas se ponen en relación con las representaciones de palabras.

Lo que coloca *a priori* a Lacan en una situación difícil es su célebre declaración, fuente de tantas incomprendiones y polémicas: “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”. Dejaremos que el lector descubra por sí mismo que, a pesar de las apariencias, la contradicción tal vez no sea redhibitoria.

En relación con los estudios de Freud (citados por Arrivé y Vilela) respecto de la esquizofrenia, pero retomando sobre todo los análisis de Lacan y renovando así el acercamiento a la psicosis (y a la paranoia), Tereza Pinto muestra el aporte heurístico de la teoría de las instancias, de Coquet, y la pertinencia, en esta dimensión teórica, de la *enunciación*. Lacan, a menudo, se acerca al semiotista (recordemos su famoso estudio, siguiendo a Damourette y Pichon, del “ne” expletivo en francés).⁷ Recomendamos en particular el análisis de

⁷ N. del T.] “Ne” en francés forma parte de la negación “ne... pas”.

la psicosis en términos de instancias; y el del delirio, como auto-terapia que abre una “salida por alianza”, sin dejar de mencionar, como lo sugiere T. Pinto, la fórmula *subjetal* del sujeto místico.

Podríamos creer que el análisis semiótico es sólo una reescritura parafrástica del acercamiento lacaniano. Nada menos cierto; en efecto, la autora pone de manifiesto una dinámica actancial o, más precisamente, instancial, que no sólo despliega perspectivas diagnósticas sino terapéuticas.

Gracias a la contribución de Jacques Fontanille, una nueva relación entre semiótica y psicoanálisis se impone a los investigadores y permite la llegada de una tan esperada *semiótica del cuerpo* que constituye para Coquet, como lo sabemos, la instancia de base de todo proceso semiótico.

En efecto, tal como lo sugiere aquí mismo Fontanille, el semiotista debe explorar “dos vías complementarias: el estudio de los discursos concretos, por un lado, y el de los meta-discursos que, en las ciencias del hombre, ya proponen modelos con un fuerte contenido semántico”.

La conocida teoría de Didier Anzieu sobre el “yo-piel”, semióticamente reinterpretada, hace aparecer una doble dimensión: la de la frontera (un *continente-filtro*) y la de la representación, como una suerte de *espacio de inscripción*.

Este *cuerpo-envoltura* (cuya superficie está dotada de una doble función, envolvente y portadora de significantes) se muestra, en el caso que nos ocupa, (el acercamiento al cuerpo del adolescente, frontera de un contenido en mutación y soporte de numerosos *piercings*, tatuajes y hasta escarificaciones) como una configuración semiótica valiosa y operatoria.

Agruparemos las últimas dos contribuciones, la de Jean-Jacques Vincensini y la nuestra, en la medida en que son, poco más o menos, el resultado de una labor en equipo en el seno del seminario que co-animamos en la EHESS de París, junto con Jean Petitot y Michel Constantini; investigación común que se transparenta en el título mismo: “Raíces de la narratividad”, tema del seminario propuesto para este año lectivo.

Al ubicar su reflexión en un contexto histórico y epistemológico amplio, J.-J. Vincensini, siguiendo los trabajos de C. Lévi-Strauss y de Jean Petitot, reencuentra a Coquet en su necesidad de devolver su lugar a la realidad, y a los modelos: “de acuerdo con las cosas mismas”. De ahí la pregunta central: “¿cuáles son las condiciones que nos permiten defender la hipótesis de un realismo de los universales semio-lingüísticos, hipótesis según la cual estos universales podrían reflejar la estructura objetiva del mundo exterior y sus *a priori* sintéticos, en particular los espacio-temporales?”

Esta hipótesis nos lleva inmediatamente a las teorías de la pregnancia y de la depredación (R. Thom), cuyo problema será el de la articulación de los “residuos pregnantes y pulsionales” con los “despliegues narrativos”.

Como podemos apreciar, un nuevo recorrido generativo está puesto aquí en marcha: las estructuras profundas estarían constituidas por “la regulación de las grandes catástrofes vitales (sexuales, nutricionales, conflictuales, etc.), en tanto los valores presentes en este nivel profundo revisten las estructuras semio-narrativas y las dinámicas actanciales.

¿Y dónde queda el psicoanálisis en todo esto? Sin duda en la preocupación, común a Freud, sobre el *origen* (ver el prefijo *Ur*, tan frecuente); pero especialmente acerca de la confrontación entre el *estereotipo antropológico* y el *fantasma*. Cabría señalar aquí una bifurcación del recorrido generativo, de la “representancia” de los residuos pulsionales: por un lado los estereotipos dan un cuerpo narrativo a lo imaginario de las culturas y, por el otro, los *fantasmas* manifiestan la expresión del psiquismo individual. Es precisamente sobre la cuestión del *fantasma* que hemos centrado nuestra contribución en este número.

Al estar trabajando desde un punto de vista *ethosemiótico* sobre los comportamientos y discursos de los adolescentes, necesitábamos con urgencia de una semiótica del cuerpo en un contexto epistemológico que diera nuevamente su lugar al sujeto corporalmente inscrito en el espacio, en el tiempo y en su rela-

ción con el otro. De ahí que recurramos a la semiótica *subjetal* de Coquet y a la semiótica del cuerpo, de Fontanille, particularmente adecuada para el análisis del cuerpo del adolescente, cargado de *tensiones* entre la difícil contienda de significados emocionales internos y la expresión no verbal de significantes en la superficie corporal.

Sin embargo, nos faltaba, para lograr una arquitectura satisfactoria de nuestro recorrido generativo, una semiótica del psiquismo y, sobre todo, la definición convincente de vínculos semióticos entre la psique (según el sentido que le da Freud) y lo corporal.

Es la noción de *fantasma* a lo largo de la lectura de Freud, practicada por P.-L. Assoun⁸ la que aporta una solución elegante al problema, al tiempo que abre las perspectivas de una nueva entidad semiótica, el *fantasma* mismo, como una especie de significado desprovisto de significante, que aprovecha la oportunidad de un accidente del cuerpo para precipitarse y constituir una entidad semiótica completa (la neurosis, *grosso modo*).

Además de permitir la construcción de un modelo etho-semiótico tal vez generalizable, la noción de *fantasma* autoriza una nueva lectura de los comportamientos y los discursos de los adolescentes con todas sus consecuencias, por ejemplo, en términos de las prácticas sociales de prevención y de sanción cuando se pasa al acto.

Así pues, proponemos este itinerario a nuestros lectores, sin dejar de respetar los recorridos más personales, que no faltarán.

Desde el origen, evidentemente, el psicoanálisis y la lingüística están ligados más estrechamente de lo que habitualmente se cree, pero es Lacan quien decidió estrechar sus lazos, este vínculo esperado que se distendió muy pronto (pensemos en la rápida separación de Lacan con Benveniste, por ejemplo) y que después, para el lingüista susceptible y prejuiciado se volvió, con frecuencia, un tema enigmático y a la vez provocador.

⁸ Véase las referencias bibliográficas al final de nuestro artículo.

En este contexto de empatía y de diálogo vivificante, podemos concebir la esperanza de que, asumiendo finalmente las influencias y las aportaciones del psicoanálisis, la semiótica, que ocupa un espacio epistemológico no heterogéneo, preservando su identidad teórica y metodológica, esté en condiciones de no ceder más a las polémicas y al rechazo, y que sea capaz de integrar en sus modelos conceptos tales como éste, ejemplar, de *fantasma*, que cuenta desde ya con una naturaleza *quasi* semiótica.

En cuanto a los psicoanalistas (sobre todo lacanianos) y a los psiquiatras, hemos hallado en ellos,⁹ en este preciso momento, una recepción estimulante y un interés genuino, de modo que no habiendo rivalidades entre estas disciplinas, la semiótica, serenamente, aporta este acercamiento irremplazable, a una sociedad culturalmente mundializada, que sufre hoy en día, en todos lados, de un desborde del sentido.

Ivan Darrault-Harris

Traducción de Dominique Bertolotti

⁹ Hemos podido, durante cerca de diez años, ejercer un servicio psiquiátrico en un medio hospitalario como psicosemiotista reconocido como tal por la institución médica.